

CUENTOS SIN
FRONTERAS

Aníbal Silvero

Título: Cuentos sin fronteras

Autor: © Aníbal Silvero

I.S.B.N.: 84-8454-258-0

Depósito legal: A-53-2004

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33

C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 965 67 19 87

C/. Cottolengo, 25 - San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

*A mis amigos
-como dice el poeta
“el resto es selva”-*

EL ENEMIGO

El hombre se encontraba solo, aparentemente. Rodeábanle la miseria y el espanto. Se había desatado sobre ellos la peor guerra que habían conocido. Las horas en este antro eran eternas, no sabía bien lo que esperaba. Sabía de su supervivencia, de su lucha por el alimento y la vida, que es la fuerza primigenia del hombre. Quienes creían que la lucha primaria del hombre era espiritual se equivocaban. Aquí esa teoría no funcionaba. El único principio moral que aquí regía era la ley del más fuerte. Tantas balas tienes, tanto vales. Ahora él valía poco. Sólo tenía una bala. Sólo una. Qué hacer con esa bala, esa era la pregunta. El hambre entraba a carcomer las entrañas, molestaba terriblemente bajo esas ropas sucias y malolientes. El agujijón del dolor y el cansancio eran bastante fuertes. Soportaba porque tenía que soportar. No había alternativa. Se recostó contra la pared. Le estrujaban todos los huesos. La tensión nerviosa ya superaba el punto límite. En este punto de su vida, la relajación parecía más que un espejismo. Pero igual intentó recostarse para despejar aunque más no sea su mente, que sólo escuchaba el rugido incansable de las ametrallado-

ras y el gemido de sus compañeros muertos. Fue entonces cuando sintió aquel movimiento. Venía de la puerta de enfrente. La sombra fue creciendo de a poco, dejando entrever la figura de una persona caminando lentamente. Allí estaba otra vez. El enemigo. Dos días después, cuando la pesadilla parecía estar sólo en la mente, se materializaba la causa de todas ellas. El soldado enemigo caminaba en la penumbra presintiendo peligro, pero no podía ver al hombre que, agazapado, lo esperaba vengativamente. El edificio era bastante oscuro, pero dejaba entrever el aspecto de cansancio del extranjero. El hombre gatilló el arma, que rompió el silencio sepulcral del recinto. La última bala estaba preparada. El recién llegado levantó las dos manos y comenzó a balbucear nerviosamente cosas incomprensibles. Pero el otro desconocía esa lengua. El enemigo agitaba un pequeño papel en su mano derecha y seguía hablando en su indescifrable idioma. El hombre se preocupó en apuntar perfectamente. La bala partió como un rayo mortal e hizo un agujero mortal en la faz del extraño, quien cayó desplomado como un muñeco de trapo sobre el piso. El hombre se acercó desconfiadamente al ex-soldado, quien yacía sin aliento sobre el mosaico. Se cercioró que estuviese real y totalmente muerto. Recién entonces tomó el papel que el cadáver retenía en su puño como una oración de ultratumba. Pudo leerlo sin problemas porque estaba escrito en su propio idioma: Vengo en paz, la guerra ha terminado.

LA CUEVA DE LOS SECRETOS

Sancho se sentó por último y comenzó con su acostumbrada frase del hombre sin cabeza.

Sancho, obeso y pintoresco, tenía la particularidad de ser generoso, por lo cual nunca le confiamos el puesto de tesorero de la pandilla.

La pandilla. Hay momentos en la vida -lamentablemente pasajeros- en que uno cree en la realidad de sus propios sueños y lucha por alcanzarlos. Estos escritos describen uno de esos momentos.

La pandilla la integrábamos cinco muchachos compatibles; enrojecidos por la algarabía de la adolescencia, y saturados de películas de misterio y extrañas leyendas regionales.

Esa noche nos reunimos, como era costumbre los viernes, en la Cueva de los Secretos. Así llamábamos a una gruta que habíamos encontrado dentro del monte; un monte virgen tan rico en vegetación exótica y animales extraños que nunca terminaba de hechizarnos.

Carlos traía las velas del almacén de su abuela, lo que no era muy difícil puesto que después de medio litro de caña su abuela no veía un elefante

sobre una carreta. Diferente era el caso de nosotros, que debíamos escaparnos por la ventana o aducir que íbamos a un baile o algo así.

Pero nunca faltaba nadie.

Sancho siempre hacía la misma introducción:

- ... de un hombre sin cabeza que fumaba tabaco cada vez que se comía un niño.

Esto creaba un ambiente informal en la atmósfera, y Monchito que era el “retardado” del grupo, -pero de gran corazón- siempre se reía a carcajadas. Pero después entrábamos en un clima más y más denso toda vez que cada uno contaba una historia espeluznante que nos despertaba hasta el último nervio.

Omar, a quien yo lo consideraba el más inteligente del grupo, a pesar de que Carlos era mayor, siempre tenía un relato diferente. No sé de dónde lo sacaba. Francamente, era el más creativo, y los relataba de tal manera que los fantasmas de sus cuentos parecían cristalizarse y aguardarnos silentes fuera de la gruta.

Esa noche todos pensamos que iba a narrar otra historia de hombres-lobos como venía haciendo. La última vez nos había estremecido cuando detalló sobre una mujer que solía observar entre los dientes de su esposo hilachas de ropa con sangre, y de cómo una noche lo persiguió hasta el cementerio donde su marido, convertido en hombre-lobo, le devoró las entrañas.

Todos esperábamos el relato de Omar.

Primero comenzaba Sancho con una improvisación de una película que había visto alguna vez.

Después Carlos nos contaba cuando espiaba a su prima bañándose. Cuando Omar tomaba la palabra, se imponía un silencio sepulcral sobre la Cueva de los Secretos y un hilo de tensión corría entre las piedras de la gruta, hasta helarnos la sangre.

En esa oportunidad, Omar estaba inquieto, como si algo lo molestara, lo que no era normal en él.

- Esta noche dijo, tomando la palabra- no les voy a contar una historia de terror, sino una anécdota. Esta tarde íbamos con mi tío por el campo a sacar la mandioca como de costumbre. Estábamos de regreso. Yo le venía diciendo sobre mis notas del colegio, y lo bien que me caía la maestra. De pronto mi tío grita: “mira”. Yo miré y a unos cien metros el resplandor del sol pegaba sobre unos cabellos rubios que desaparecieron en el monte. Mi tío corrió como nunca en su vida y yo le seguí desafortunadamente, no entendía lo que pasaba. Llegamos a la casa de mi tío. “Maldito”, gritó, “se llevó toda la miel de caña”. “¿Quién es, tío?”, pregunté yo. “Siempre hace lo mismo el desgraciado”. “Pero, ¿quién es, tío?”. “Ese, mi hijo, es el Yasy Yateré”. Esto último me dejó subyugado. Yo estoy acostumbrado a los cuentos raros, a los cuentos de misterio, pero esto fue diferente, quizá porque era algo real, no sé. Miren, chicos: hoy tuve miedo de verdad.

Omar se sumió de nuevo en un silencio cerrado con lo cual nos demostraba que su historia era cierta. Y lo cual nos hizo sentir más espanto que todas sus historias anteriores. Omar sabía impregnar su estado de ánimo. No obstante, Carlos preguntó:

- ¿Tenés alguna evidencia de lo que decís?

- Puedo mostrarles el lugar- sentenció Omar.

- ¿Qué sabés del Yasy Yateré, Jorgito? me preguntó Carlos.

- Bueno -improvisé- que es un duende niño rubio que anda por la siesta. Ah, y tiene un bastón de oro que le da el poder de hacerse invisible.

- ¿Te acordás para qué lado se fue? -le preguntó Carlos a Omar.

Carlos estaba muy entusiasmado. Cuando le brillaban los ojos así seguro que algo tramaba.

- Sí, me acuerdo- respondió Omar- ¿Por qué?

- Tengo una idea -Carlos brillaba- Chicos: vamos a cazar al Yasy Yateré.

Hubo un pequeño silencio, tras lo cual Omar estalló.

- ¡Estás loco, es un duende!

- Por eso, tonto, vamos a cazarlo, le quitamos el bastón, nos hacemos invisibles y podemos hacer lo que queremos. Y si lo encerramos en una jaula y se lo entregamos a la televisión, nos hacemos famosos y no vamos a ir más a la escuela.

- Yo no quiero ir a la escuela -interrumpió Monchito.

- Pero cazarlo va a ser muy difícil -opiné yo, aunque ya me estaba trabajando la idea de no ir a la escuela y hacerme invisible.

- ¿Desde cuando nos asusta lo difícil? -se defendió Carlos- ¿o acaso somos gallinas?

Todos negamos con la cabeza.

- ¿A ver quién de ustedes es el cobarde que no se anima a cazar al Yasy Yateré?

Todos nos llamamos por un momento. Después prosiguió Omar:

- Lo que puedo decirles es que no hay que desafiar a los duendes porque ellos son más poderosos que nosotros y si se juntan pueden hacernos daño.

- Está bien -concluyó Carlos- el que sea gallina que se levante y salga de la Cueva de los Secretos.

- Yo no soy gallina- dijo Monchito.

Nadie se levantó, no sólo por lo de gallina, sino porque sería una aventura diferente que compartiríamos esta vez. Así es como pactamos cazar al famoso Yasy Yateré.

*

Nos reunimos a eso de las tres de la tarde en la casa del tío de Omar. Yo llegué por último, junto con Monchito.

- Este es el trillo por donde se escapó -Señaló Omar con su dedo índice - Lo conozco, desemboca en el río.

- Es posible -dijo Carlos- que tenga su guarida por la orilla.

- Lo que yo no entiendo -expuse yo-, es cómo vamos a cazar a un ser invisible.

- Es que no siempre es invisible, tonto, a veces se deja ver. Fijate lo que trajo Sancho- Omar siempre corregía mis errores- Dale, mostrale Sancho.

- Sancho desarrolló un bulto largo que tenía en un trapo.

- ¿Ah?, ¡un rifle! grité.

- Sí, pero de aire comprimido -aclaró Sancho.

- ¿No tiene balas? -preguntó Monchito.

- ¿Cuál es el plan? -pregunté interesado. Obviamente antes que yo llegara ya habían acordado todo.

- Esperar a que el Yasy Yateré aparezca - explicó Carlos- tirarle una bala en la cabeza, así se desmaya. Vamos, le quitamos el bastón y le atamos para que no se escape.

- Bueno, ¿pero cómo localizarle?- continué.

Carlos sonrió astutamente. Con ese tipo de sonrisa que demarca que siempre se anticipa a los pensamientos ajenos.

- Conseguí el bote de mi tío.

- ¡Vamos a andar en bote! -se alegró Monchito.

- Sí, pero vos no sabés nadar -le dijo Carlos.

- Yo tampoco- dijo Sancho.

- Yo tampoco- dijo Omar.

- Yo tampoco- dije yo.

Media hora después estábamos los cinco sobre el bote. Carlos remaba, de vez en cuando lo ayudaba Omar. Sancho, Monchito y yo tratábamos de disimular nuestro vértigo a hundirnos. Sancho, que era el gordo de la serie, se acomodó en el medio. Yo me agarraba fuerte de la tabla transversal en la que nos encontrábamos. Omar miraba con su largavista todo el tiempo; obviamente lo hacía todo el tiempo porque el largavista era suyo.

- ¿Qué se ve? le preguntábamos cada rato.

- Hasta ahora, nada- nos decía.

Así estuvimos cerca de una hora hablando sobre el Yasy Yateré a quien comenzamos a llamar cariñosamente Yasi- Mas, ¿qué haríamos si lo cazáramos?

- Yo -decía Sancho- con la plata que me den voy a hacerme un palacio. Y voy a tener muchos sirvientes a cargo. De mañana pienso dormir hasta el mediodía y después que mis sirvientes me traigan helado de chocolate a mi cama. Nadie me va a decir cómo portarme ni qué debo hacer , porque yo voy a ser el dueño del palacio...

- ¡Allá está! -gritó Omar- Allá está, chicos.

Todos miramos en esa dirección que no era la costa precisamente sino el lado opuesto: una isla que había en el medio del río.

- ¡Yo lo quiero ver! -saltó Monchito.

- ¡Dejá que yo lo vea! -se paró Sancho.

- Ey, esperen, no se muevan mucho -alcancé a decir yo. Pero Sancho estaba tan entusiasmado que se abalanzó sobre Monchito para sacarle el largavista. Monchito se corrió y Sancho se resbaló olímpicamente en el piso mojado del bote y cayó pesadamente.

A medida que iba cayendo, en ese instante, en ese segundo, yo sentí que se acababa todo: Sancho, el bote y nosotros.

¡Blumm! La panza de Sancho hizo ruido a goma.

- ¡Monchito! ¡Hijo de tu madre!. ¡Me vas a pagar! -Sancho hervía en veneno, pero afortunadamente no le pasó nada ni a él ni al bote.

- Está bien, no es nada -tranquilizó Carlos, largando el remo y tomándole del hombro a Sancho.

Monchito por su parte se sentó en una equina muy calladito, probablemente haciendo su examen de conciencia.

Logramos tranquilizar a Sancho. Carlos tomó el largavista.

- No veo nada- dijo.

- A ver... -le volvió a quitar Omar- No..., ya no, se habrá hecho invisible. Pero estaba allí. Sancho : prepará tu rifle que vamos de cacería.

- ¡Adelante, aventureros!- alzó la voz Carlos.

- ¡Adelante! -repetimos a coro los demás.

Lo que no medimos en ese momento es que nos alejábamos cuantiosamente de la costa, y la tarde tampoco duraría mucho. En esos momentos cada uno estaba, como Sancho, en su propio palacio tomando helado de chocolate.

- Pero, ¿quién va a disparar?- pregunté.

- Por supuesto que yo- se enorgulleció Carlos- mi tío es general y siempre me presta el arma para que yo practique.

- Ese tío tuyo es un loco- le dije.

- Sí, un loco de la guerra- dijo Omar-, pero es verdad que le presta. Yo también tengo buena puntería.

- ¿Disparaste alguna vez?, le inquirió Carlos.

- No, pero lo vi en las películas y no parece difícil.

Carlos parecía remar cada vez más rápido. Es indudable que cuando una idea se comparte muchas veces se vuelve un objetivo, y hasta una obsesión.

Al fin llegamos a la isla.

Saltamos de la canoa y nos reunimos en círculo como solíamos hacerlo cada vez que concertábamos un plan.

Omar dirigía:

- Carlos : vos llevá el rifle en la mano. Monchito y Jorgito: cubran la retirada; fíjense atrás y a los costados cuando caminen y avisen cuando vean algo. Sancho: en el medio.

Comenzamos a caminar. La tarde hervía nuestras huellas con una particular demencia vespertina. Los árboles nos miraban como exóticos usurpadores de su soledad. Presentíamos curiosos animales que se comunicaban entre sí quién sabe dónde. Ese ambiente fue el que hizo darnos cuenta de que estábamos retrasados. Tarde nos dimos cuenta de que estábamos atrapados en el tiempo y en el espacio, que la tarde se cerraba amenazante por el occidente y nuestras almas quedarían en manos de las estrellas. Tarde nos dimos cuenta de que no volveríamos al bote antes de que oscurezca.

A todos nos invadió el miedo.

*

El río Paraná es una milagrosa creación de la naturaleza. Cuántas veces he visto desde sus costas al llanto del pueblo guaraní surcar resignado el lecho del río. Yo, que he aspirado infinidad de veces el aliento de los antepasados, sé que es así. Que

el fantasma de su dolor no descansa y suele verse naufragando sobre la corriente, alimentado con la tristeza de una generación que teme despertar. Profunda pena la del río...

- ¿Y ahora qué hacemos?- La voz de Sancho sonaba temblorosa. Estábamos acostumbrados por la noche al mate cocido, al pan casero, a la voz cálida de mamá dándonos las buenas noches. Pero esto era... una fría isla muy lejos de nuestras casas. Nos encontrábamos desprotegidos y sin comida.

Carlos estaba más sereno.

- Escuchen, debemos tranquilizarnos, recuerden que somos aventureros. Sancho, ¿trajiste fósforos?.

Sancho hurgó en la bolsita de expedición.

- Sí, acá tengo.

- Bueno, a buscar madera para hacer fuego. Vamos: moviéndose todos- ordenó Carlos.

Dos horas después estábamos reunidos alrededor de la fogata como unos pollitos alrededor de la gallina. Estaban hablando de qué argumento le expondríamos a nuestros padres. Yo interrumpí:

- Esto es una trampa. Una trampa del Yasy Yateré.

Todos me quedaron mirando.

- El nos desvió de la costa y nos trajo hasta acá. ¿Para qué? Para matarnos uno a uno.

- ¡Eso puede ser cierto! -dijo Sancho- se quiere vengar...

- Yo no creo eso- opinó Omar- Primero: si Yasi realmente sabe que andamos detrás de él, sabrá que no le queremos matar. Segundo: si ya

conoce nuestro plan lo único que tiene que hacer es hacerse invisible y nunca lo encontraremos.

- Omar tiene razón- dijo Monchito, pero puso cara de no haber entendido ni la primera frase.

- Lo cierto es que no sabemos qué otros poderes tiene su bastón- apuntó Carlos.

- ¿Y si en vez de atraparlo nos hacemos amigos de él? -propuse.

- Sí- continuó Sancho, quien parecía tener compatibilidad con cada idea mía- podemos viajar a muchos lados con él, debe conocer a mucha gente si anda siempre por ahí.

- Vamos a hacer algo- proseguí- , vamos a presentarnos, si vemos que es bueno, entonces nos hacemos amigos de él. Si vemos que es malo: ahí lo atrapamos.

- ¿Y cómo vas a hacer? -saturizó Carlos- Vas a pararte junto a él: señor Yasí, de apellido Yateré- Carlos cambió la voz e hizo unas muecas irónicas- me llamo Jorgito Rodríguez y quiero saber si sos bueno o malo. Ah, y si se te ocurre decir que sós malo tenemos un rifle de aire comprimido.

Todos se echaron a reír. A mí me hervía la sangre.

Omar tomó la palabra:

- Sea como sea , no está comprobado si es bueno o malo . Lo único que podemos hacer ahora es dormir para estar descansados para mañana. Ah, nos vamos a ir turnando en la guardia. ¿Quién quiere comenzar?

- Yo -dijo Monchito, siempre voluntarioso.

- Bueno, cuando te cansás despertame a mí-
dijo Carlos.

- Bueno- fue la respuesta.

Los cuatro dormimos muy cerca. A la mañana me despertó la claridad sobre mi cara. Dormí bien, pero parecía temprano.

El sol ya iluminaba sin lástima toda la isla. Omar estaba haciendo guardia. Monchito y Carlos no estaban. Sancho dormía como un bendito.

- ¿Todo bien, Jorgito? ¿No te llevó el Yasy Yateré? -me dijo jocosamente Omar.

En eso llegan saltando Monchito y Carlos: “Miren esto, miren esto”, traían pan untado con manteca y miel.

- ¡Qué cosa más rica!- decía Monchito con el rostro resplandeciente, como si acabara de realizar una hazaña.

- ¿De dónde sacaron eso? -les grité.

- Una casa por allá- dijo Monchito, señalando.

- No hay nadie- continuó Carlos, que más se preocupaba en saborear su pan con miel que en explicarnos.

Omar y yo nos miramos. Me hizo un ademán con la cabeza.

- Vamos- le dije.

Nos pusimos en marcha.

La vegetación era más bien espesa y nos dejaba un recuerdo en las piernas por cada roce que teníamos. Seguimos el sendero que nos indicó Carlos. De vez en cuando nos topábamos con telarañas tejidas laboriosamente por algunas arañas no muy simpáticas que permanecían estáticas. Al

cabo de unos minutos, la vimos. Era una casita precaria pero parecía bien cuidada y adornada. Nos acercamos despacito. Omar miró por la ventana que estaba abierta. Me dijo con señas que no había nadie. Miramos alrededor. Me hizo un gesto de que entrara.

Allí fue que sentí temor verdadero. Sabía que, a pesar del hambre, no estaba bien lo que hacíamos. Abrimos la puerta. La cerramos lentamente. Caminamos sigilosamente. Yo me prendí por el hombro de Omar quien, instintivamente, me apartó . Sobre la mesa se veía el pan que habían cortado Carlos y Monchito, y el frasco de miel, que lo habían dejado destapado. Omar comenzó a untar un trozo de pan con miel, y yo comencé a escuchar unos pasos hacia la casa.

Omar estaba abstraído, untando su pan , pero los pasos se acercaban. Y Omar no se percataba y los pasos llegaron . Y Omar no reaccionaba y la puerta se abría. De pronto... una voz de hombre tronó en nuestros oídos.

“¿Qué hacen acá?”

*

Los adultos son una especie muy dañina que, no comprendiendo nada, lo arrasan todo. A veces vienen elegantemente presentados con traje y corbata. Otras veces se esconden tras un mostrador grasiento. En otras se los ve prisioneros entre el alcohol y el tabaco, mudos testigos de su cobardía e ineptitud. En todos los casos dan pavor o lástima. Pero toda regla tiene su excepción y éste es el caso que nos ocupa.

Yo quería que me tragase la tierra en esos momentos. A Omar se le cayó el pan de la mano y quedó con los ojos abiertos. No teníamos argumento alguno. Frente a nosotros, un hombre ya entrado en edad, con barba, y de mirada apacible, nos contemplaba.

- Siéntense chicos- nos dijo. Su voz nos tranquilizó un poco. Nos sentamos sobre unos asientos rústicos que había, parecían troncos cortados.

- ¿Porqué no me pidieron? -inquirió el viejo.

- Teníamos hambre -alcanzó a decir Omar.

El viejo se levantó, sacó un cigarro de una lata que había en el estante y comenzó a hablar:

- Sucede que ustedes tienen vergüenza, porque estaban robando. Robar no está bien. Sin embargo todos roban, tanto el rico como el pobre. La diferencia es que el rico estudia para hacerlo. Y termina perdiendo la vergüenza.

Esta frase suya nos apaciguó mucho, sin duda ése era su objetivo.

El viejo prosiguió:

- Cuando es menester pedir, pidan, pero conservando su integridad y su orgullo, pues es mejor ser limosnero que embustero y trabajar par obtener que obtener del trabajo de otros.

- ¿Quién es usted?- pregunté.

- Si yo supiera quien soy no estaría aquí. He huido del mundo y de mí mismo, para encontrarme y encontrar al mundo, pero cada día me siento más lejano, y al mundo lo siento más irreal.

El viejo aspiró lentamente su cigarro

- ¿Y ustedes, qué hacen acá?

Omar y yo nos miramos.

- Bueno..... buscamos al Yasy Yateré- dijo Omar- Tres amigos nuestros nos están esperando para volver a nuestras casas. Vinimos ayer en una canoa pero se nos hizo de noche.

- Pues deben darse prisa, sus padres deben estar preocupados.

Nos levantamos de nuestros asientos.

- Y... ¿para qué lo buscan?

No sabíamos qué responder. No queríamos pasar como unos secuestradores.

- Nos dijeron que su bastón tiene poderes- contesté.

- Conozco al Yasy Yateré- dijo el viejo.

Nos dejó pasmados. Todo el viaje hablando que Yasi esto, que Yasi aquello y este viejo lo conocía.

- ¿En serio lo conoce?- Yo no cabía en mi asombro.

- Sí, ¿quieren que les muestre dónde está?

“Sí”, dijimos al unísono.

Fuimos corriendo a buscar a nuestros amigos. Llegamos como un rayo.

- ¡Heeey, chiiicos!- gritábamos al llegar, con la respiración entrecortada. Carlos ya había preparado las cosas como para partir- Encontramos a Yasi.

A los cinco segundos Monchito, Carlos y Sancho estaban al lado nuestro.

- ¿Lo encontraron?- indagó Sancho.

- Les cuento: encontramos a un viejo que parece que se las sabe todas- expliqué- y nos va a llevar a donde se encuentra.

- ¿Un viejo?- dijo Carlos- ¿y cómo se llama?
Yo me encogí de hombros.

- No se lo pregunté- expresó Omar- temí que se saliera con otra de sus bobadas filosóficas.

- ¿Qué es una bóveda filosófica?- preguntó Monchito.

- Una bobada -corrigió Omar- quiere decir que el tipo es medio raro.

- ¿Y qué dijo de Yasí?- intervino Sancho.

- Lo conoce y nos va a llevar donde está -repetí- Vamos, apúrense.

Fuimos trotando hasta la casa del viejo. Le dijeron a Sancho que dejara escondido cerca de la canoa su rifle, pues no queríamos que el viejo supiera.

El viejo nos estaba esperando fuera de la casa.

- Por acá -nos indicó.

Le seguimos. Ibamos detrás suyo sin decir una palabra. Era media mañana y teníamos el cansancio todo el día anterior sobre nuestros hombros. Pero estábamos más despiertos que nunca.

Al fin y al cabo, íbamos a conocer al Yasy Yateré.

No anduvimos ni cinco minutos cuando el viejo se detuvo. Era una especie de cerro desde el cual se veía toda la isla y el río.

Frente a nosotros, había una pequeña y hermosa pradera que el viejo la miraba absorto.

- Allá está- nos dijo. Tras lo cual se sentó, sacó de su bolsillo un cigarro y se puso a fumar.

Yo hice un esfuerzo para mirar donde había señalado el viejo, pero no alcancé a ver nada, sólo la

pequeña pradera que se extendía serenamente ante mis ojos. Observé que los demás tampoco distinguían nada.

- ¿Dónde?- preguntó Omar.

- Allí, sobre la pradera- contestó el viejo- ¿no lo ven?

- Yo no lo veo- dijo Sancho.

- Yo tampoco- dijimos cada uno de los otros cuatro.

- Yo lo veo- expresó el viejo- si ustedes no lo ven, es porque sólo les interesa su bastón. El bastón no le da poder a quien lo posee, sino a quien se prepara a recibir sus poderes. Si abandonaran el interés personal y anhelaran que ese bastón le haga invisible sólo a él, entonces lo verían. Hay muchas cosas hermosas en la Naturaleza, y no la sabemos apreciar, ni comprender, sólo la sabemos utilizar en beneficio propio. Es lo que hace que los duendes se hayan perdido para siempre de los ojos del escéptico. El Yasy Yateré existe, y forma parte de nuestra propia alma. Felices de ustedes que todavía creen en él, mas llegará el momento en que el mundo les aplastará la fe, entonces estarán tan perdidos como el resto.

Nos fuimos retirando de a uno.

Estábamos totalmente decepcionados. Del viejo, que en ese momento nos pareció un delirante. De nosotros, por perseguir tal vez una quimera. Y de nuestro viaje, que había resultado un fracaso; sabíamos que al final de la historia nuestros padres no perdonarían el castigo.

Así es como regresamos cabizbajos a la canoa que Carlos condujo lentamente hacia la costa.

Lo que yo no imaginaba ni remotamente es lo que viviría en la otra orilla, que cambiaría mi perspectiva de la vida.

*

En el silencio que conduce a las sombras en su marcha bajo el sol está el misterio de la vida.

Muchas veces he encontrado mi destino por los senderos estrechos de aquel monte selvático, a orillas del Paraná, bajo el albergue de árboles gigantescos y entre el bullicio de danzarinas aves cantoras.

Pero lo he rechazado. Con la cobardía del pirata impotente, con la ignorancia del verdugo siniestro, con la hipocresía del millonario ampuloso; como humano, en fin. Muchas veces se ha bifurcado mi camino con la extraña precisión de un geómetra de tal forma que yo no he sabido cómo reaccionar, quedando a merced del tiempo, en el desvarío del anacoreta frustrado. Sin brújula, sin estrella y sin barco.

Llegamos a la otra orilla a plena siesta. El sol rajaba nuestros cráneos con marcado tiranismo mientras el reflejo del fracaso dibujaba en nuestros rostros la tarde más amarga.

De pronto...vi al Yasy Yateré.

Me arrebató una ola de temor y una marea de feliz asombro.

No era ya una visión propiamente, como la del viejo aquel. No era una anécdota ni un cuento fantástico de la Cueva de los Secretos.

Estaba viendo al Yasy Yateré.

Me quedé atontado no sé cuánto tiempo- tal vez un segundo- y grité con todas mis fuerzas : “¡Allá está!”

Todos reaccionaron de inmediato. “¡Vamos!”, gritó Omar quien ya se había echado a correr con todas sus fuerzas. Todos le seguimos detrás. Se me había despertado todos los sentidos; creo que tenía adrenalina hasta en los ojos.

Qué extraña emoción de aquella hirviente tarde veraniega, enloquecido en el torbellino de mis fantasías, corriendo alocado tras la gloria de los héroes.

Los rubios cabellos de Yasí se balanceaban con el trote firme como una canción navideña, relampagueando como un espejismo entre el hechizante aroma de las hierbas.

Lo vimos entrar en una gruta: la conocíamos, no tenía salida. Llegamos casi todos juntos a la entrada.

- Está atrapado- dijo Omar, jadeante.

Carlos tomó el rifle de Sancho, quien apenas respiraba. Monchito hacía de espectador, no entendía la idea.

- Vamos a contar hasta diez -dijo Carlos despacito- Omar: habla vos. Yo sostengo el rifle.

Omar levantó la voz:

- Yasí: sabemos que estás ahí adentro. Estamos armados y si no salís y te entregás, vamos a disparar- hizo una pausa y prosiguió- Yasí:

Prometemos no hacerte daño. Te vamos a tratar bien.

La voz de Omar estaba tomando fuerza. Ya estaba imitando a las películas policiales.

- Vamos a contar hasta diez... UUUNOOO!

Yo me preparé como pude porque en realidad se me nublabla la vista de cuando en cuando.

- DOOOS

Las tinieblas de la gruta se perdían sin respuesta.

- TRESS...CUATROOO...CINCOOOO

La naturaleza se calló por un momento.

- SEEEIIS

Espero que no tenga ningún poder. No quiero convertirme en sapo.

- SIEEETEEEE

Ay, Ay , Ay, No quiero que aparezca, pero estoy todo duro y ni moverme puedo.

- OOOCHOOO

Lo siento venir pero no puedo moverme. Tengo los pies pegados a la tierra.

- NUEEEVEEEE

¡Dios... está por cruzar el último umbral de las tinieblas!

- DDD...

A Omar se le hizo un nudo en la garganta. A mí se me había paralizado hasta la respiración. Carlos, Sancho y Monchito estaban petrificados.

Yo quedé en trance: unos ojos celestes se me incrustaban como una dulce daga en el corazón. Me hacía sentir culpable e inocente, cruel y misericordioso a la vez. Me sumergí en una hipnótica marea de dudas y melancolías, de fantasías y reminiscen-

cias. Por un instante eterno, vi proyectarse toda mi vida en esos profundos ojos.

Y el Yasy Yateré no era el Yasy Yateré. Era un pobre niño como nosotros, descalzo, con su pantaloncito y remerita sucios y harapientos, que nos suplicaba con sus ojos enrojecidos piedad por su alma.

Habíamos pasado por muchas experiencias en esos días pero esto no parecía encuadrar con nuestros pensamientos. Volamos muy alto con nuestras aventuras, pero ahora nos encontrábamos con la cruda realidad ante nuestros ojos, de un niño que tal vez ni padres tenía.

¿Por qué tiene que ser así? ¿Por qué, tarde o temprano este mundo lo hace aterrizar a uno, y nuestras ilusiones se disuelven como la sal en el mar?

- ¿Quién sos vos?- Omar fue quien se animó a hablarle.

No respondió nada, de modo que nos acercamos a él y le invitamos a sentarnos. Allí, sentados en una ronda, psicológicamente desmoronados, conversamos con él. Le llamábamos Yasi con total naturalidad, y con ese apodo tuvo que quedarse.

Según nos contó, su padrastro le pegaba mucho y un día decidió escaparse de su casa. Tenía que vivir así, robando para comer.

Obviamente le ayudamos en la forma que pudimos.

Afortunadamente, al volver a nuestras casas, nuestros padres no nos esperaban enojados como pensábamos, sino tristes; todos pensaron que

nos hundimos con la canoa. Fue como el regreso del hijo pródigo. Nos recibieron lagrimeando de felicidad.

El tío de Carlos mató uno de sus novillos y nos invitó a todos a cenar esa noche. Pero a nadie contamos sobre el viejo ni sobre Yasi, así lo habíamos pactado.

En los días sucesivos nos preocupamos en llevarle comida a nuestro nuevo amigo. Le confiamos la custodia de la Cueva de los Secretos, que mantenía siempre limpia y arreglada. Con él compartimos muchas noches espeluznantes, muchas aventuras. Nos acostumbramos a escuchar su desbordada risa cantarina, a reflejarnos en sus expresivos ojos azules, a verlo trotar firmemente como la primera vez. Se convirtió en uno más de la pandilla.

Pero un día lo perdimos.

Simplemente desapareció. No lo encontramos ni dentro de la Cueva ni fuera de ella ni en ninguna parte.

Nadie se imagina cuánto lo extrañamos.

Los viernes a medianoche siempre hacíamos un minuto de silencio en honor a él.

Y después proseguíamos inevitablemente con los cuentos asombrosos. No faltaban las brujas, los pomberos, los lobizones, los fantasmas... pero nunca, nunca jamás alguien relató un cuento del Yasy Yateré..

Para nosotros, el Yasy Yateré había dejado de ser un misterio.

EPILOGO

Hace mucho ya de esto que he contado. Desde entonces tropiezo yo en mil laberintos, reflejando en las manitas pedigüeñas una parte de mi infancia. En cada atardecer veo a un niño sin madre y me hundo en la depresión febril de la incertidumbre. Y odio a aquellos que hablan de la conciencia pública y la caridad humana. Odio a los hombres que a voz en cuello se enorgullecen de su ignorancia.

Odio a los tontos humanos que corren como bestias, huyendo de sí mismos. Me muerde un odio infantil por todo pero justifico en café mis errores y también corro como bestia, y como bestia perezco cada día...

ASI ESCRIBIA ZARATUSTRA

¡Al cabo he llegado a vuestras mortales manos! ¡ Al cabo he sumido al tiempo y al espacio en el latir de una hora! Si intuyerais acaso, por un ignoto milagro, quien escribe estas líneas, borraréis de vuestros estrechos cerebros la idea de la mortalidad, y gritaréis convulsionados a las laderas de las montañas : Henos aquí, hijos del sol, huestes magníficas de un pasado por venir. Somos la gigante semilla de los antepasados que ha soslayado la vida. Somos el viento que entre el bosque silba la canción del espíritu, somos el trueno que desgarrar la copa de los árboles y penetra victoriosa en el misterio de la tierra. ¡Somos, somos, somos!

Si os dijere, acaso, que estoy más allá de varias eternidades, que me he perfilado por encima de todos los instantes para llegar a vosotros, ¿qué opinaréis?, ¿ y qué esperaré yo, sino la mordaz sonrisa del que juzga sin conocer?. ¿Qué esperaré, sino el desinterés masivo o quizá el cavilamiento astuto con el que disimuláis vuestra ignorancia?

No espero que me creáis, ni siquiera espero que me leáis, pero para complaceros os contaré la

historia desde el comienzo, como a vosotros os gusta, poner principio y fin a las cosas...

Era yo entre el común de la gente algo común y mundano. Acostumbraba caminar fascinado, ahogando mi mirada entre fiestas banales y el pasar sombrío de los días. Quienes me vieron en esos momentos, codiciando las publicidades de las fastuosas vidrieras, aplaudiendo los discursos entre la ciega muchedumbre, o reprimiendo mi líbido ante la imagen encantada, no creo que diera importancia a estos escritos, más bien dirá -tal vez con desdén- : “Te conozco, bien sabes que nadie es profeta en su tierra, ¿piensas trascender el contraste de la vida? ¡Pobre iluso!”.

Y yo, el que era, el que fui, aquel que tuvo que haber sido, no le responderé nada, para que ese alguien algún día me redescubra.

Por aquel tiempo, acostumbraba visitar a mi amada buscando, quizá remotamente, la transparencia del romance, y en sus brazos encontraba yo, muchas veces, el espejo de mis inquietudes.

Un día de esos tantos, en que la vida nos mecaniza con su mediocre ironía, y las horas nos arrastran cual mórbidos engranajes hacia el descanso eterno, me hallaba en espera del beso banal pero rejuvenecedor cuando acontecióme algo extraordinario. El salón de espera era una habitación medianamente rústica, ataviado de objetos medievales y recuerdos de familia. Me sentaba justo en un rincón tras de una mesa de formica finamente labrada. Pero había allí un cuadro que me llamó poderosamente la atención. Era el retrato de un antepasado que concentraba mi interés en grado sumo.

Si bien el retrato de esta anciana no tenía mayores atractivos, sí fijé la mirada en un extrañísimo anillo que poseía en el índice de su mano derecha. Era un anillo aparentemente de oro, habiéndose labrado en él con una precisión incalculable un grupo de jesuitas que se encontraban construyendo algo así como un templo con otros individuos. El anillo me atraía poderosamente. La escena me atraía poderosamente. En el fondo del templo, un grupo de aborígenes guaraníes alzaban algo parecido a un altar que tenía dibujado, en su parte frontal, un paisaje de la selva misionera. El paisaje era bellissimo, sobre las sierras un pino ostentaba su poderío en su corona de hojas. Grande fue mi admiración cuando entró mi conciencia en una de sus hojas, donde me miraba un extraño bicho parecido a una hormiga, pero de una apariencia inteligente. He aquí que eran los ojos de esta pseudo-hormiga que me atraían infinitamente. Y me hundí en un abismo espantosamente extraño. Tanteaba yo a solas aquel abismo, que como un diminuto agujero negro se abría ante mi psiquis. Con temor, di un paso adelante. Entonces, asombrosamente, me sentí parte de la selva. Sentí a los jesuitas como parte de mí mismo y a mí mismo como parte de todo. Yo era todo y nada era yo, porque mi yo había desaparecido. Había muerto como yo. Osado, di otro paso adelante, y mi conciencia se expandió a todo el sistema solar. Este ilusorio planeta no era más que una minúscula subjetividad en mi ser. Y vi las ilusiones de las gentes, que como sueños amorfos querían enraizarse en la realidad, pero como ésta vomitaba sus fantasías y así caían siempre en el hipnotismo de sus propios conceptos. Y así es como

existían sufriendo amargamente por conocer, aunque más no sea en sueños, un resquicio de esta luz; pero la luz estaba muy lejos de aquellos que creían entenderla sólo con el intelecto y usando nada más que su corazón...

¿Queréis, por ventura, que os relate más de lo resumido?

¿Queréis que os cuente cuando renazco en la alborada proyectándome al occidente en cada rayo de vida, reflejando a la aurora la luz de la esperanza?

Cuando con las amapolas abro mis pétalos al arco iris del cielo, cuando cada abeja absorbe mi néctar y la trasladan, sonrientes, más allá del horizonte.

Cuando en el fugitivo arroyo arrastro melodioso de la brisa el canto.

Cuando corro tras el viento entre el follaje de la selva, portando en mi silencio el misterio de la vida, que reflejan los pinos helados del invierno.

Cuando en un dulce trino del coro de mil aves levanto mi dominio al relámpago y al trueno, que callan reverentes, sumidos de semblanzas, en homenaje al viento que danza con mi canto.

En mi escape de eternos he plasmado estas líneas a la medida de vuestra mente. Si os place, copiad a puño y letra cien mensajes como éste y arrojadlos a las ciegas multitudes como emblema de vuestro ser.

Decidles a esas gentes, que os rebeláis de corazón contra las vanas tradiciones y enarboláis victoriosos la bandera del presente.

Decidles, que habéis presenciado el vuelo
silente de las aves un día de primavera.

Decidles que sois el fruto dorado de un ma-
nuscrito errante.

Decidles, que así escribía Zaratustra.

PORTEÑOS EN EL ESPACIO

Juan se despertó un poco atontado. La nave parecía más cuadrada que antes, esas pinturas al óleo desencajaban totalmente con la informalidad y tecnología de la cabina.

La cúpula parecía cerrarse sobre su cabeza como un abanico gigante. Miró instintivamente a su izquierda, todavía estaba su compañero de ruta, Carlos Pereira, vegetando como una tapia. Costaba un poco acomodar las ideas en un momento así, pero lo cierto es que habían dormido un buen rato, quizá 120 o 180 años y ya estarían cerca de su objetivo principal.

Pasó un buen tiempo hasta que Juan se desperezó completamente y se levantó. “Ay, qué dolor de cabeza, pero debo tocarme a ver si todavía existe”. La cabeza de Juan sonó hueca en la cabina interplanetaria. “Tal vez estos yanquis me convirtieron en un androide, tendré que hacerme un test con Carlos cuando despierte”.

Carlos parecía muerto tras la escafandra cuadrada. Su rostro era inmutable como el de un samurai chino, cualquiera diría que era un hombre recio. Sólo desencajaba en su imagen el dibujo del

ratón Mickey estampado en su abrigo. Seguramente fue el último deseo después que no le permitieron a su mamá poner la inyección hibernante.

Los botoncitos que rodeaban a Carlos eran multicolores y Juan tuvo que hacer un esfuerzo mental para recordar la clave.

Pero todo fue inútil, la clave no podía recordarla por nada del mundo. Afortunadamente, los yanquis lo dejaron escrito sobre el tablero con pintura fosforescente. “¿4 de Julio?, ¿no pudieron ser más originales?”

Juan digitó “4 de julio” en la computadora color y esperó algunas de las típicas propagandas norteamericanas, una bandera, el himno nacional, o una versión adaptada de Sinatra para la misión a llevarse a cabo. Pero la computadora hizo fríamente su trabajo enviando por el tubo el gas x-l-z. La cápsula se volvió turquesa por un instante y luego retomó su color transparente original. Juan dio unos golpecitos al cristal para despertar a su amigo. Este abrió lentamente los ojos y dibujó una sonrisa de satisfacción por el primer éxito obtenido: sobrevivir la hibernación.

Al principio fue difícil la readaptación de sus organismos al ambiente de la nave. Se respiraba oxígeno un poco comprimido, para el gusto de los tripulantes, acostumbrados al smog, aroma a residuos y cigarrillos baratos, como era el ambiente normal de sus vidas.

Juan llevaba puesto su remera preferida de rock metálico con una calavera blanca riéndose de quién sabe qué cosa y un par de botas texanas al mejor estilo cantante de pop. Su melena dejaba